¡AL AFRICA!

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN V[illegible]

ORIGINAL

DE

RAMON LON DE COMPAÑY.

¡AL ÁFRICA!

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

RAMON LON DE COMPAÑY.

SEVILLA.

Imprenta de las Novedades, calle Colcheros
núms. 26 y 27.

A la Exma. Sra. Condesa del Aguila.

En dias de afliccion y de desgracia para mí, debí al Sr. Conde bondadosas atenciones que jamas olvidaré: este recuerdo, por una parte, y por otra la conviccion que me asiste del amor profundo que el corazon de V. abriga por nuestra adorada patria, me guian

hoy á rogar á V. permita que en esta pobre produccion vaya vnido el respetable nombre de V. al nombre humilde de

Ramon Lon de Compañy,

PERSONAS.

LA BARONESA.

MARIA, su hija.

EL MARQUES, Brigadier retirado.

ARTURO, su hijo.

JUAN, asistente.

La escena en Sevilla en Octubre de 1859.

ACTO PRIMERO.

Sala de confianza pero lujosamente amueblada en casa del Marqués: á la derecha, en primer término un balcon; despues la puerta gue figura dar entrada á las habitaciones de Arturo: dos puertas al fondo, una de las cuales vá á la calle y por la otra se descubre un jardin: á la izquierda, en segundo término, las habitaciones de la Baronesa y Maria y en el primero las del Marqués.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, mirando por el balcon.

Maria. ¡Que plácida la mañana
á mi Sevilla embellece!
el áura de tantas flores,
¡cómo embalsaman su ambiente!
¡cómo enagenan el alma
los arrullos de esas fuentes!
¡cómo es grato contemplar
esos árboles tan verdes,
que resisten del Otoño
las brisas, aqui tan leves,
y dan asilo á las aves
que entre sus hojas se mecen!
Esas flores y esas áuras
y esos encantos que tienes,

está̃n diciendo á Granada
que su bella rival eres,
pues si ella tiene su Alhambra
y sus plácidos vergeles,
tu tienes tambien tu Alcázar
recuerdo de augustos Reyes,
y tienes por suelo, alfombras
de alelies y claveles:
tus hijos aqui, Sevilla,
el frio helado no sienten
que envia Sierra-Nevada
y que Sierra-Elvira ofrece;
tu eres madre cariñosa
del infeliz, cuyo albergue
no necesita techumbres
que lo abriguen de las nieves:
¡bendita seas Sevilla,
gala de ricos pinceles,
con tus aires perfumados
y tu Cielo trasparente!

(Se retira del balcon y se dirige á la puerta del cuarto de Arturo.)

Aun durmiendo estará Arturo;
que el poeta vela siempre
hasta que del Sol los rayos
llegan á anunciarle fieles,
que la noche es un fantasma
y es preciso que se aleje,
cuando la luz de la Aurora
con su verdad se presente:
pero ¡feliz el poeta
que bella inspiracion siente,
y aunque soñando, se olvida

de la verdad que le hiere!
El al menos, crea un mundo,
que un Cielo á veces parece,
y aunque lo crea soñando,
no quiere pensar que sueñe.

ESCENA II.

MARIA y JUAN.

Juan. Buenos dias señorita.
Maria. ¡Ola! muy á tiempo vienes,
porque tengo que reñirte.
Juan. ¿A mi? pues que me condene
si yo, sabiéndolo, he jecho
argo que puea ofenderle:
¡pue si mi gusto, ¡Dios mio!
ha sio mirala siempre
á los ojo de la cara
paa adiviná lo que quieren!
¡Si la he visto chiquetita,
embuerta con sus manteles,
y la he tenio en mis braso
ma é cuatrosienta veses!
Maria. Pues en eso, Juan, se funda
hoy mi queja justamente:
acostumbrada, de niña,
conmigo afanoso á verte,
no he visto yo en ti á un criado,
á un amigo he visto siempre:
tu, de mi adorado tio
fuiste leal asistente,
y al suspender sus servicios

quiso á su casa traerte:
murió mi buen padre, cuando
yo contaba apenas meses,
y mi tio entonces, hizo
que su hermana aqui viniese:
desde que tuve razon
para poder conocerte,
te vi siempre cariñoso
por cuidarme y por quererme,
compartiendo con Arturo
tus solicitudes siempre;
niños los dos, te veiamos
buscarnos nuestros juguetes
y adivinar nuestros gustos
con el afan mas perenne
sin cansarte de unos niños
el capricho impertinente;
luego crecimos, y tu
has amado á estos dos seres,
como prendas adoradas
de tu corazon vehemente:
pero advierto hace unos dias
que ya conmigo no eres
lo mismo que tu eras antes:
te encuentro muy distraido;
si no te llamo, no vienes
á saludar á Maria
que antes era tu deleite:
eso, Juan, es muy mal hecho;
eso es que ya no me quieres.

Juan. Cayese V. por la Virgen,
si verme yorar no quiere:
¡que no la quiero! ¡Jesu!

¡que los ángeles blasfemen!
Para saber, señorita,
si este corason la quiére,
píame V. arguna prueba;
veremo si pué haserse;
mas, no me vaya á peir
arguna cosiya leve,
que eso lo jase cuarquiera
que ley á sus amo tiene;
para peirme V. argo
que mi fier cariño pruebe,
dígame V.—"Juan, la via"
y veremo si Juan muere:
es verdá que distraio
me encontrará argunas veses,
pero es ma sierto que entonses
el arma toa padese:
yo serví al señor Marqué
en sus urtimos belene
y con él fi ar Trocaero
á saluar los franseses;
herío ayí de una bala
tuve yo que recogerle
y al retirarno á casa
por poquito se nos muere:
desde entonse le han queao
esos dolore crueles,
y ca añito que pasa
se aumentan sus paesere,
que arbo viejo, Senorita,
no pué dá leña verde;
eso á mi me desasona,
sin alegria me tiene

y voi de aqui para ayí
sin sabé lo que jaserme.

Maria. Tienes razon, mi buen Juan,
tambien mi pecho padece
cuando de esa noble herida
los fieros dolores crecen;
pero el doctor asegura
que no hay peligro eminente,
y que solo por su edad
la dolencia se sostiene.
Ahora me voy al jardin
para que mis flores rieguen,
y pues ya quedo tranquíla
sabiendo lo que me quieres,
á Dios Juan, que yo no olvido
esas palabras tan fieles.

Juan. Vaya V. con Dió y crea
que antes mi ecistensia deje
que de quererla dejase
Juan Herrera el asistente.

ESCENA III.

La BARONESA con un periódico.

Baronesa. Nada; nada de provecho
hoy la prensa nos embia;
mucho de industria y de ciencias
pero nada de política;
de esa Diosa soberana
cuyos encantos me hechizan
y en cuyo dorado trono
el Orbe entero se humilla:

¡mal hayan los papeluchos
escritos en las provincias,
que temiendo el hablar récio
escriben de economías;
este por ejemplo, al cual
por costumbre estoy suscrita,
aun no he podido saber
á que partido se inclina;
él ni es carne ni pescado,
ni es neo ni progresista;
y en vano saber pretendo
qué bandera es la que agita,
si será republicana,
si polaca, si unionista,
pues cuanto mas mi afan crece,
mas él en callar se obstina,
largando por fondo, estudios
de ciencia administrativa.
¡Jesus! si los cortesanos
con sus plumas atrevidas
no alimentasen mis ansias,
de fastidio moriría.

ESCENA IV.

La BARONESA y JUAN.

Juan. Señora.
Baronesa. ¿Llegó el correo?
Juan. Aqui viene una estafeta;
vea V. S. la Esperansa
er Católico la Iberia

el (Estao el (Ocsiente)
las (Noveaes) la (Epoca)
el....

Baronesa. Trae, trae que es preciso
les devore mi impaciencia.

Juan. ¿Me manda V. S. otra cosa?

Baronesa. En esa antesala entra
y te estás con cuidadito
por si mí hermano viniera
y si lo vés, sal al punto
á darme la voz de alerta.

ESCENA V.

La BARONESA, desdoblando los periódicos.

No quiero buscar disputas;
y ya que el Marqués se empeña
en odiar de la politica
la palabra lisongera,
siga él su rumbo, que yo
huyendo de su presencía,
rendiré fiel holocausto
á mi pasion hechicera.

(lee) ¡Ola! ¡ola! pues parece
algo sério lo de Céuta;
el Gobierno se apresura
á dar á las Córtes cuenta....

ESCENA VI.

La BARONESA y ARTURO.

Arturo. !Ola tia! ¿tan temprano
esta V. en la tarea?

¿Vestida ya, y en oficio
y aun no son las once y media?

Baronesa. Para ti, Arturo, es temprano,
que es achaqne de poeta
pasar en claro las noches
contemplando las estrellas,
ó allá al amor de la lumbre
que brilla y chisporrotea,
hacer castillos al aire
ó escribir dulces endechas;
peio yo. que soy prosaica,
que pasé de los cincuenta,
me acuesto muy tempranito
y me duermo á pierna suelta:
así, cuando viene el dia
ya estoy en la cama inquieta,
y me levanto.... y me visto....

Arturo. ¡Para leer la gaceta!
V. goza en eso tia
y respetarselo es fuerza;
si he de decir la verdad,
no creo que propia sea
ni de su edad, ni su sécso,
una aficion tan estrema......
no se enfade V. conmigo,
que la quiero muy de veras
y disgustarla, jamás,
jamás mi amor consintiera:
pero si fuese posible
que V. para mi tan buena,
por complacerme, entibiase
el vicio que la enagena......
el vicio, si tia, si,

llamarle asi no quisiera,
mas ¿que otra cosa que vicio
es una pasion tan ciega?
Y no es esto reprobar
que V. periódicos lea;
hay en ellos algo bueno,
aunque mucho malo encierran;
muy propio es de la cultura
de los que en algo se tengan,
el saber de cuando en cuando
si mal ó bien nos gobiernan:
mas, de eso tia, á vivir
en una ansiedad eterna,
delirando por noticias
sean verdad ó no sean,
permita V. que la diga
que es grande la diferencia.

Baronesa. ¡Bien por el sermon, Arturo!
muy fina es la reprimenda;
tu al menos, en tus ataques
la miel y el acibar mezclas;
no asi tu padre, que fiero
se encoleriza y se ciega
y acabamos por decirnos
lo que nos viene á la lengua
sin conseguir ni una vez
que uno ú otro se convenza,
pues si él es terco en sus trece
yo en mi trece soy mas terca:
pero quiero que me digas
tu, qué de justo te precias,
si es justo el que llames vicio
á un gusto que á nadie ofenda;

vicío, Arturo, es todo aquello
que á la virtud contravenga;
y el no leer los periódicos
yo no sé que virtud sea

Arturo. No es virtud el no leerlos;
pero tia, es cosa cierta
que todo aquello que se hace
con afan, que nos inquieta,
que turba nuestro sosiego,
que nos domina y nos ciega,
eso, tia, es solo vicio;
y por Dios que no se ofenda,
que aquel que tanto la quiere
debe decir lo que sienta,
por si sus palabras, pueden
de alguna utilidad serla.

Baronesa. Gracias, Arturo, y descansa,
que aunque constante me veas
en esto que ya es en mi
segunda naturaleza,
procuraré, Arturo mio,
en mi aficion ser discreta:
ahora, dime, ¿estás pintando
algo que yo ver pudiera?

Arturo Un paisage estoy copiando;
pero en boceto se encuentra,
y poco la agradaria
si en este estado lo viera.

Baronesa. ¿Y las musas, Arturito
favorecen al poeta?

Arturo. Desdeñosas son conmigo;
adusta su faz me muestran.

Baronesa. ¿A que has escrito esta noche

asi, alguna cantinela?

Arturo. Una troba escribí, tia,
y aunque sentida, no es buena;
muy poco me satisfacen
de mi lira las querellas.

Baronesa. ¿Quieres leermela, di?
es tu tia quien lo ruego.

Arturo. Con mucho gusto lo haré,
aunque muy mal la parezca.
(Saca del bolsillo de la bata un papel y lee.)

TROBA.

Quisiera, mi laud, dar á tu acento
El dulce suspirar, que el alma mia
Estasiada en un solo pensamiento
Al Angel de mi amor, llorando embia.
¡Ay mi lahud!

¿Que es este mundo sin el bien que adoro?
Páramo triste en que cantando lloro.
¡Triste atahud!

Ya no cabe, lahud, aquí en mi pecho
El hondo amor que por mi mal encierra;
Mi pobre corazon, pedazos hecho,
Muriendo late, y su latir me aterra.
¡Ay corazon!

Para el poeta que cantando llora,
Si un imposible en su delirio adora,
¡No hay compasion!

En vano huir; pues por doquier que vaya
Vá allí con mi pasion, mi desconsuelo;
Triste vagando en solitaria playa,
Cantando lloro mi adorado Cielo.
¡Ay trovador!

¿Qué es en tu vida tu soñar de flores?
¿Cuál es, dime, el Edén de tus amores?
¡Llanto y dolor!

Mas, ¿qué importa llorar? Por un momento
De ver su celestial, tierna mirada,
Y adivinar, tal vez, un pensamiento
En su lánguida frente nacarada,
Dá mi pasion,

Mi vida, que sin ella es un quebranto;
Mi gloria, mi laúd bañado en llanto
Del corazon.

Baronesa. Muy bien, Arturo, muy bien;
y aunque peque de indiscreta,
cuál es la belleza dime
de esa troba lastimera.

Arturo. No tiene objeto real.........
fantasías de poeta.

ESCENA VII.

Los mismos y JUAN.

Juan. Señora, el señor Marqué.

Baronesa. Con él Arturo, te quedas;

que no quiero que me encuentre
con mis papeles á vueltas
y empiezen desde temprano
los gritos y peloteras.

(Recoje con precipitacion los periódicos y sale apresuradamente.)

ESCENA VIII.

ARTURO.

¡Contradicciones humanas!
¡Ella que tanto lo quiere,
pertinaz en su capricho,
huyendo vá porque él viene!

ESCENA IX.

El MARQUES y ARTURO.

Arturo. Buenos dias padre mio,
¿cómo la herida hoy se siente?

Marqués. ¡Muy mal, Arturo, muy mal!
desde que el Otoño viene,
se ecsasperan los dolores
y sin sosiego me tienen:
¡es mucho, mucho sufrir!
¡de qué me sirven los bienes
que plugo á Dios destinarme,
si son por demas crueles
los dias que estoy pasando!
Siempre constantes, perenes,
mil puntas tengo clavadas

que mil víboras parecen:
¡ira de Dios! ¡que sufrir!
¡Porque para los valientes,
las balas del enemigo
rectas al pecho no vienen!
al menos......

Arturo. ¡Padre! ¡Por Dios!
¡Que asi mi padre se esprese!
bien veo cuanto V. sufre,
¡y ojalá que no lo viese!
que esos dolores, el alma
rota en pedazos me tienen!
Pero es fuerza, padre mio,
que V. no se desespere,
porque asi agrega otros males
á los males que padece.

Marqués. Lo sé, Arturo; bien lo sé;
que toda mi sangre hierve,
cuando del dolor la fuerza
mi duro genio enfurece:
bien conozco que hago mal;
que os aflijo; mas, ¡que quieres!
une á mis males, mi genio
y ablándalo, si tu puedes;
¿y Maria?

Arturo. No la he visto:
hace poco, los pinceles
dejé y salí de mi cuarto.

Marqués. ¡Los pinceles! ¡Los pinceles!

Arturo. Pero aqui Maria está;
á tiempo, Maria vienes,
de consolar, prima mia,
al anciano que padece.

ESCENA XII.

Los mismos y MARIA que besa la frente del MARQUES.

Maria. ¡Qué! tio, ¿está V. peor?
Marqués. Al sentir besar mi frente
por tus lábios, hija mia,
que estoy mejor me parece;
te miro y al contemplarte,
comprendo que Dios clemente,
quiso privarse de un ángel
y que conmigo estuviese.
Maria. ¡Qué bueno! ¡y qué generoso!
¡Que Dios sus bondades premie!
Si él, tio, escucha mis ruegos,
tranquilo al fin podré verle.
Marqués. ¡Tranquilo! sí, en el sepulcro;
allí solo, niña, ceden
las dolencias que el soldado
sirviendo á su patria adquiere;
allí solo, en el sepulcro,
dormirán con mis laureles
mis miembros, que atravesaron
las balas de los franceses:
allí irá pronto el anciano
á olvidar sus padeceres,
rota en su tumba la espada
que manejaron cien héroes:
que en los tiempos que alcanzamos,
(mirando a Arturo con intencion)
convertidas en pinceles

vemos espadas ilustres,
herencia de mil valientes.

Arturo. Los pinceles, padre mio,
que manejan los Meneses,
en los tiempos que alcanzamos
son **sus espadas** que duermen;
duermen, porque de la patria,
el grito santo, solemne,
no ha llamado á los combates
la herencia de esos valientes;
que si un dia, patria y trono
enemigos ofendiesen,
viérais, **en duras espadas**
convertirse **los pinceles.**

Marqués. ¡Bien hijo! ¡bien por mi vida!
¡mi sangre rejuveneces!
¡trono y pátria antes que todo!
¡Bien dicho! que español eres.

Arturo. Pues así pensamos todos;
y los que así no nos creen,
olvidan que en nuestras venas
española sangre hierve:
en los tiempos de reposo
que nadie á la patria ofende,
busca cada cual los gustos
qne á sus instintos se pleguen;
yo escribo versos y rindo
cultos al divino Apeles,
creyendo que estas dos artes
familia y patria ennoblecen;
otros, la música, el canto,
por dulce solaz egercen,

ó lucen su gallardía
en sus gallardos corceles;
tambien hay quien al trabajo
con constante amor se entregue,
y fertilizan los campos,
ú honran, padre, sus bufetes;
dejando las nobles armas
para los nobles donceles,
cuyos guerreros instintos
con las armas se alimenten;
esto hacen hoy en España
los que por buenos se tienen,
sin ceñir daga en el cinto,
ni vestir duros broqueles:
mas, llegue mano estrangera
a insultar la patria, llegue,
y vereis cuantos leones,
al estrangero acometen.

Marqués. Esa es España, si, hijo,
leones Castilla tiene,
y aunque parezcan dormidos,
¡guay de aquel que los despierte!
Pueblo de leales somos,
y si á insultarnos se atreven,
ese pueblo se levanta
y destroza á los aleves.

ESCENA XI.

Dichos y la BARONESA.

Baronesa. ¿Que es eso de patria y trono
que hasta mi cuarto llegó?

¿Quién olvidando tu encono
pronuncia nombres que.........

Marqués. Yo.

Baronesa. ¡Deja, hermano, que me asombre!
tu, severo centinela
que apenas escucha un nombre
que á política le huela,
en loco furor montado
salen rayos de su boca,
¿ahora de pronto cambiado
tronos y pátrias invocas?

Marqués. ¿Y eso prueba que cambié?
Yo soy lo que siempre fuí;
los nombres que pronuncié,
clavados los tengo aqui.
Esas palabras amadas
son de mi vida el sostén;
que aqui las dejé gravadas
en los campos de Bailen.
Con este amor, no confundo
tus nécias algarabías;
que este es un amor profundo;
lo tuyo son tonterìas.

Baronesa. ¡Válgame Dios! ¡La soltó!
ya estrañaba yo que fuera
lo que á mi cuarto llegó
palabra tan lisongera.
Que tus lábios fraternales,
solo guardan para mi,
los dichos mas infernales
que pueden salir de tí.
¿No te dá, di, compasion?
¿Porqué esta lucha sostienes?

Marqués. Porque tu, hermana, no tienes,
un atomo de razon.
Yo, aunque de carácter duro,
eres tú la hermana mia
y por tu amor, yo daria,
mi existencia, te lo juro.
Mas, tú, hermana, que no ignoras
cuanto el corazon te quiere,
no desperdicias las horas
para que me desespere.
Sabes ya de muchos años,
que aborrezco los partidos;
esos bandos maldecidos
que nos causan tantos daños.
Que fiel á mis convicciones,
sabes que hablar no consiento
ni espresar un pensamiento
enlazado á esas cuestiones.
Y tú, ¡mi hermana adorada!
ni una vez puedes hablarme,
sin que vengas á mezclarme
tu política malvada.
¿Es esa, dí, tu cordura?
¿ese es tu amor soberano?
¿asi quieres tu á tu hermano?
Eso, Adelaida, es locura.

Baronesa. ¡Locura! ¡tienes razon!
¡locura, porque te adoro!
¡porque por tus males lloro
con todo mi corazon!
Porque sin vida, al mirarte
y ver que pierdes la calma,
quisiera yo con el alma

calma y salud encontrarte.

Maria. ¡Madre, por Dios! ¡Por Dios, tio!
No despreciéis así ciegos,
del amante labio mio
los enternecidos ruegos.
Dios mis súplicas abona;
y no es de buen corazon
negar humilde perdon,
Dios graves culpas perdona.

(El Marqués y la Baronesa se arrojan en brazos de Maria.)

Arturo. ¡Un ángel su enojo espanta
y sus injurias destierra!
¡ay! que esa es la mision santa
de la muger en la tierra.

ESCENA XII.

Los mismos y JUAN.

Juan. Señora, Señora..... ¡Abur!
(Viendo al Marqués)
se cayó la casa á cuesta;
el señor Marqués.....
(Esconde un periódico que trae.)

Marqués. ¿Qué pasa?
dímelo al punto: ¿qué piensas?

Baronesa. Nada.... si.... no....

Marqués. ¡Calla tú!
Habla pronto, Juan Herrera.

Juan. Mi Brigadier!...
(Se cuadra con el periódico en la mano.)

Marqués. Ya lo vemos;

¡papelitos! claro era.

Baronesa. ¡Qué estúpido, y que ignorante!
¡como si preciso fuera.....

Juan. Señora, yo, la ordenansa.

Baronesa. Aquí no hay tropa, babieca

Marqués. Pero hay subordinacion;
y el que mi asistente era
y me asistió en mis batallas,
es preciso que la tenga;
si le pregunto, responde,
se cuadra, gira y se aleja.

(Juan vá egecutando lo que marcan estas palabras.)

Ahora, estarás impaciente
por leer esa boleta,
y como seré tu estorbo
tocaré marcha ligera.

Maria. Yo acompañaré á V. tio.

Marqués. Muy bien le vendrá á mi pierna:
mira, Arturo, ten cuidado;
vete á empuñar tu paleta;
no te seduzca tu tia,
y á su sobrino hacer quiera
Ayacucho ó Puritano;
alerta, Arturito, alerta.

ESCENA XIII.

La BARONESA desdobla el periódico y empieza á leer; Arturo se sienta en una butaca y repasa sus versos.

Baronesa. No hay paciencia que lo aguante;
yo sudo y me desespero.

Arturo. ¡Pero tia, si son bromas!

Baronesa. Bromas con mucho veneno.

Arturo. Voy á añadir una estrofa
que me inspira el pensamiento.

(Saca un lapiz y vá escribiendo lo que lentamente recita)

Arturo. No cabe mas amor, ángel divino...

Baronesa. ,,*Nuestras relaciones con Marruecos*
,,*no solamente están interrumpidas*....

Arturo. De aqui lo borrará solo la muerte.....

Baronesa. ,,*Si nó que el Gobierno ha creido*
,,*que era llegado el caso*....

Arturo. Escrito debe estar en mi destino.......

Baronesa. ,,*De apelar á las armas*
,,*para recibir la satisfaccion*....

Arturo. Pues mirarte, es vivir; morir no verte.

Baronesa. ,,*Vinieron sobre nuestro territorio*...

Arturo. ¡Cruel dolor!

Baronesa. ,,*Y hecharon abajo la piedra*...

Arturo. Déjame contemplar tu hermosa frente;....

Baronesa ,,*La piedra en que estaban puestas*

Arturo. Deja que imprima en ella el lábio ardíente,

Baronesa ,,*Las armas de España.*"

Arturo. Besos de amor.

Baronesa. ¡Ay! lo que está sucediendo!

Arturo. ¡Pero tia! ¿qué sucede?

Baronesa. ¡Que sucede! ¡Dios eterno!
Que está próxima á estallar
una guerra con Marruecos.

Arturo. ¡Tia! ¡tia! no es posible;
tal disparate no creo;
¡pues qué! ¿habia de atreverse
ese beduino imperio,
con los leones de España
que siempre su terror fueron?

Baronesa. Te olvidas, sobrino mio,
que ya una vez se atrevieron.
Arturo. No hay ya en España Julianes
que les abran el Estrecho:
al contrario, firme Céuta
su bello estandarte al viento,
diciendo está á los traidores
"*aqui habitan nobles pechos*"
Baronesa. Que han mofado ese estandarte
aqui nos dice el Gobierno.
Arturo. ¡Tia! por piedad, que sufro:
deme V. que quiero verlo.
Baronesa. Toma y lo verás, Arturo,
aqui, mira, aqui, **congreso**...,
(Arturo lee con creciente agitacion.)
Arturo. ¡Ira de Dios! ¡Pues es cierto!
las armas de España, holladas
por esa canalla! ¡Cielos!
¡Al Africa! ¡y viva España!
¡viva la Reina! ¡y á ellos!
(Se mueve con agitacion por la escena.)
Baronesa. Arturo, ¿te has vuelto loco?
Arturo. No señora, estoy muy cuerdo;
ahora me toca á mi
probar lo que hacen los buenos.
(Se dirige para su cuarto, pero se detiene
al ver entrar al Marqués.)

ESCENA XIII.

Los mismos y el Marqués y Maria.

Marqués. ¿Se acabó ya la asamblea?

Me sentaré, porque vengo
del jardin algo cansado:
vamos á ver, ¿que hay de nuevo?
Callados estais y Arturo
intranquilo á lo que veo:
¿que pasa? ¡que! ¿enmudeceis?
¡vamos! que ya me impaciento.

Baronesa. Que te lo diga tu hijo;
yo á decirlo no me atrevo.

Marqués. Será alguna tontería;
¿ha caido el ministerio?

Arturo. No se trata de eso, padre,
es un asunto mas sério

Marqués. ¿De política? No acabes;
de decirmelo te absuelvo:
ya ves como yo al salir
te daba un aviso cierto;
pero no me hiciste caso
y trastornado te encuentro.

Arturo. Lo que me trastorna, padre,
y agita en este momento,
a V. le trastornará
aun tal vez mas al saberlo.

Marqués. Mira chico, si estás loco;
que te lleven á un encierro;
pero ni tú, ni tu tia
querais devanar mis sesos.

Arturo. Señor, de lo que se trata.....

Marqués. A mi no me importa un bledo;
¡banderias! ¡alaracas!
tal vez un pronunciamiento.

Arturo. No señor; han insultado....

Marqués. Silencio Arturo, acabemos

Arturo. — De Castilla el estandarte (con violencia).
han insultado en Marruecos. (Aparece Juan
Marqués. ¡Mentira! ¡Torpe mentira! (Se levanta.)
No hay hoy quién se atreva á hacerlo.
Arturo. Mi Brigadier, yo lo juro.
Marqués. ¡Qué he escuchado! ¡Dios eterno!
¡Mi estandarte!—¡Mi bandera!
¡Y estás aquí! ¡Vive el cielo!
¡Juan Herrera! ¡mi uniforme!
Ya de mi herida estoy bueno.

Arroja la muleta y pisotea con fuerza el suelo; al hacerlo exala un ¡ay! de dolor y cae desmayado en los brazos de Arturo: la Baronesa, María y Juan se precipitan á socorrerlo.

Fin del acto primero.

ACTO SEGUNDO.

La misma sala del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

MARIA.

María. ¿Que te han hecho corazon?
¡Sin calma y sin vida estás!
¿que te han hecho? ¿donde vás
con tan amarga afliccion?
¿Porqué aquí dentro del pecho
á todas horas te oprimes?
¿porqué lloras? ¿porque gimes?
di corazon, ¿que te han hecho?
¿Conque nueva confusion
tu pobre existir batalla?
¿acaso el amor?... ¡ay! calla,
no lo digas, corazon.
¡Pobre corazon! horrible
es la pena que tu lloras;
¡ya sé corazon, que adoras
con un amor imposible!
¡Ya sé que vives sin calma!
¡ya sé que vives muriendo!

¡ya sé que lloras riendo,
rota en pedazos mi alma!
Y allá en tu negra afliccion,
¡no hay de esperanza un instante!
de ese tu amor delirante,
¡nada esperes corazon!
¡Calla y sufre tu dolor!
¡ya sé, corazon tu pena!
¡ya sé que amor te envenena,!
¡ya sé que mueres de amor.!
Calla y sufre; aqui en mi pecho
yo guardaré tu pesar;
no volveré á preguntar,
corazon, lo que te han hecho.
(Al ver entrar á Arturo procura ocultar su llanto, y se sonríe.

ESCENA II.

ARTURO y MARIA.

Arturo. ¡Llorando estabas Maria!
Maria. No lo creas primo, no;
Arturo. No me engaña esa alegria,
llorando te he visto yo:
di, ¿que tienes? ¡que! ¿mi padre?
Maria. Te juro que está mejor;
ahora poco con mi madre
lo dejé y con el doctor.
Arturo. Entonces ¿por qué tu mano,
tu llanto encubrir queria?
tu primo soy, prima mia;
no, Maria, soy tu hermano.
Maria. (¡Mi hermano!).... Si, hermano mio,

como tal te considero,
pues como padre yo quiero
á mi generoso tio.

Arturo. Dime entonces tu afliccion;
dime, Maria, tu pena;
di que pesar envenena
ese tierno corazon.
¡Yo tambien perdí la calma,
sin que decírtelo tema!
¡tambien llanto, que me quéma
está derramando el alma!....
Escucha mi confesion:
¡tu no sabes porque lloro!
¡Maria! porque te adoro
con todo mi corazon.

Maria. !Dios mio! ¿será verdad?
¿ese sentimiento horrible
mientras lo crei imposible
¿será mi felicidad?

Arturo. Esas palabras me muestran
un Cielo allá en lontananza;
Cielo de dulce esperanza
que mis sueños alimentan.
Esplicame, por piedad,
ese sentimiento horrible
que tu creiste imposible
y hoy crees felicidad.
Aun adivinar no acierto.....
¿me amas tu tambien María?

Maria. ¿No lo dice el alma mia
en las lágrimas que vierto?

Arturo. ¡Cielos! ¿que es lo que he escuchado?
¿yo amado tambien por ella?

¡por la que es la dulce estrella
que mis pasos ha guiado!
Si, tu mi ángel, mi alegria,
tu mi existencia, mi Cielo,
mi solo amor, el consuelo
que Arturo al llorar pedia.
Yo, casi niño te amaba;
despues, mi amor aumenté;
quise estudiarlo y hallé
¡que en tus ojos me abrasaba!
Entonces.... ¡delirio insano!
me pareció mi pasion
que era una profanacion
del cariño de un hermano.
Que hermanos ¡ay! nos llamaba
mi madre cuando vivia,
y en su amor nos confundia,
porque á los dos adoraba.
Y creciendo en su regazo
nuestros nacientes cariños,
formábamos desde niños
el mas puro y tierno lazo.
Asi pues, al descubrir
que ya llama de amor era
aquella aficion primera,
Maria, empezé á sufrir.
Un instinto delicado
dominaba mi razon,
y á ocultarte mi pasion
me consideré obligado.
Tu no sabes, no, mi encanto,
de entonces cuanto sufrí;
tu no veias el llanto

que ardiente ocultaba aqui.
Lagrimas que en mi afliccion
no queria contenerlas,
que las lágrimas, son perlas
que derrama el corazon.
Y asi en mi dolor nefando,
viviendo para adorarte,
llorando vine á buscarte
y te sorprendi llorando.

Maria. Si, Arturo mio, lloraba,
porque yo tambien vivia
en una amarga agonía
que á tus ojos ocultaba.
Lloraba, ¡por condicion!
que llorar y padecer,
solo puede la muger,
cuando oculta una pasion.
¡Y no sabes cuan horrible
es en nosotras, Arturo,
ese sentimiento puro,
si amamos un imposible!
Nos prohibe el mundo hablar,
sin comprender el rigor
del tiránico dolor,
que causa amar y callar.
Callar nos manda el honor
y por el honor callamos;
manda tambien que riamos
¡y rie nuestro dolor!
Mas, fiel tributo pagando
á ese mundo que nos mira,
¡le dice el alma llorando
que su reir es mentira!

Y mas consuelo no vemos
que buscar la soledad;
porque alli, con libertad
llorar siquiera podemos.
Por eso en mi mal horrible
aqui, Arturo, me encontraba,
y amante, un amor lloraba
que yo creia imposible.

Arturo. No mas lágrimas, Maria,
fué una santa inspiracion
hacerte la confesion
del dolor que me afligia.
El Cielo con su arrebol,
desde este divino instante
me parece mas radiante,
mas pura la luz del Sol.
Me parece que respiro
un ambiente embalsamado...
¡y es el suspiro adorado
que en tus rojos lábios miro!
¡Mi dicha en delirio tóca!
que es divino el adorar,
pudiendo ¡ay Dios! respirar
el aliento de tu boca....

(En este momento suena la marcha de una música militar, que se vá acercando hasta figurar que pasa por debajo del balcon que está sobre la derecha.)

Arturo. ¡Cielos!
Maria. ¿Qué tienes Arturo?
Arturo. ¡Corazon! vamos despacio.
Maria. Serán tropas de palacio.
Arturo. ¿Serás á tu honor perjuro?

ESCENA III.

Los mismos y JUAN.

Juan. ¡Bien! que vivan los valientes
¡y viva la Andalusia!
Arturo. ¿Qué tropas son esas Juan?
Juan. Son do ó tre baterias
que van andando pa er moro:
mire V. bien Señorita;
!tienen cara é valientes!
¡Jesú! ¡les tengo una envidia!

ESCENA IV.

Dichos y la BARONESA.

Baronesa. Quizás no llegue ya á tiempo,
esas tropas ver queria.
Juan. Pues por el otro barcon;
ya van doblando la esquina,
y desde ayi, po er Duque
mejor lo ha de ver V. S.

ESCENA V.

ARTURO y JUAN.

Juan. ¡Quién se gorviera artillero!
(al balcon)
la sangre tengo ensendia
cuando veo que se ván;
y mas contento me iria
á matá moros al Rif,
que si de la lotería

me cayese er premio gordo.

Arturo. Dime Juan.

Juan. ¿Qué manda V. S.?

Arturo. ¿Que has oido por ahi?
¿corren hoy nuevas noticias?

Juan. ¿De la guerra? Si señor;
las traigo yo mu fresquita

Arturo. ¿Y qué dicen?

Juan. Que muy pronto
se va á armá la tremolina;
que ya er Generá en gefe
yegará pronto á Aljesiras,
y con su estao mayó
al Africa se encamina.

Arturo. ¿Y el pueblo? ¿qué dice el pueblo?

Juan. ¡Señorito! ¡caye V. S.!
¡si es lo que tiene que vé!
locos están de alegria,
que es gente mu española
la gente de mi Seviya.
Esta mañana temprano....
voy á contárselo á V. S.
me yegué, como es costumbre,
á la tienda de la esquina,
paa ve á cuatro amigo
ó arguno é mi familia,
y estávamo en la puerta,
fumando yo mi gran pipa,
cuando pasa un cabayero,
ó ar meno lo paresia,
porque yevava su fraque
y mu tiesa las tiriyas:
Correiya er melonero

pasaba con su jaquiya,
y le díse á una señora,
,,vamo á ve Señorita,
,,cómpreme V. estos melone
,,que son lo mesmo que armiba,
,,y me voy á matá moros
,,en vendiendo esta carguilla,,
En cuanto oyó er cavayero.
lo que Correa desia.
paese que le pusieron
de pronto una banderiya,
y en un lenguaje que á estragi
á dos mir lengua olía,
torsiéndose los bigote
que mu rubio los tenia,
dijo ar grasioso Correa
,,tu dise una tontería,
,,que los morros, non se matan
,,con navaca ni cuchilla;
,,y ellos matarrán guistianos,
,,con sus sables y gumias.,,
¡Vargame Dió, Señorito!
bien quisiera yo que V. S.
hubiese estao pa ve
lo que ayi se armó en seguia:
¡V. S. ha visto los chusqueles
que jechan en las corrias!
pues lo mesmo hasia aquer moso
los valiente acuian:
uno yegó y la castora,
de un puñetaso, metia
se la dejó hasta er pescueso;

otro rompió la tiriya
y le ijo ar cabayero,
que de rabia se moria,
,,toma, ponte ese turbante
y vete á la moreria,,
vamó, si no yega pronto
ar sitio la polisía,
Señorito, no le quea
á aquer moso una costiya.

Arturo. Esas escenas son graves
y de veras Juan, querria
que no se reprodujesen;
esto me satisfaria,
que aprecio en mucho la fama
de la muy culta Sevilla:
para probar de nuestra alma
el buen temple y valentía,
irémos donde se esconde
la canalla berberisca
y alli los destrozaremos
por la Cruz y por Castilla.

Juan. Vamo ayá, Señorito,
y esa gente mardesia
verá lo que puee España
si el estrangero la irrita.

Arturo. Oye Juan, tu eres valiente;
tu natural bizarría
has probado en los combates;
pero ya en tu edad, serian,
no lo dudes, muy crueles
de la guerra las fatigas:
yo á partir estoy resuelto
á donde el honor me guia;

tu aqui deberás quedarte,
siendo constante vigía
de la salud de mi padre
y mi adorada familia:
si la suerte me es contraria...

Juan. ¡Señorito! no prosiga,
que las lágrimas, parese
que á un tostao rostro humiyan;
¡que yo me quee aqui quieto!
¡vamo, ni lo piense V. S.!
Es verdad que en estos ojos
la juventú ya no briya;
pero estoy agi soy fuerte,
y er corason desafia
toititos los asare
de la guerra berberisca:
mucho quiero yo á mi amo,
por S. E. daria
mi sangre si la pidiese
y con mi sangre la via;
pero afortunaamente
á mi no me nesesita;
tiene á su hermana á su lao
y un ángel en su Maria.
¿Quiere V. S. pues que quee
aqui pa jaser hilas
mientras que se bate er cobre
España en la moreria?
Yéveme V. S. á su lao;
su buen Juan se lo suplica.

Arturo. Ya rayas en lo sesenta,
te engaña tu valentia.

Juan. ¡Señorito! ¡por Dios Santo!

yo sé lo que son fatiga:
déje V. S. que me vaya;
quisá, quisá argun dia
de utiliá podrá serle
su buen Juan en moreria:
que un sordao veterano
cuando huele á chamusquina
sabe cubrir con su cuerpo
er cuerpo que bien estima;
y si una bala traidora
de una via nesesita,
la enfriará er veterano
antes de que yegue á V. S.

Arturo. Gracias Juan, y voy á darte
la recompensa cumplída
que se debe á esas palabras
de tu corazon nacidas;
hace ya tiempo que España
ante Europa está dormida,
y hoy al despertar, pensemos
que el mundo todo nos mira;
un ultrage hemos sufrido
de gente salvage, impía;
Si vengarlo no sabemos
con nuestra arrogancia altiva,
un desprecio universal
caerá sobre Castilla:
privar pues de algun valiente
á nuestra patria querida,
seria una culpa grave,
que no me perdonaria;
vamos al Africa pues,
porque allí tu bizarría

ha de cubrir noble puesto
del ejército en las filas.

Juan. ¡Grasias á Dió señorito!
ar fin ya conosco á V. S.
que se insurta á un veterano
si de cuarté se le embia
cuando hay que morder cartuchos
ó que escalá baterias:
vamo pue á matá moros;
vamono ya a moreria,
que las hora que se tardan
abrasan el arma mia.

Arturo. La bandera tricolor
ya frente al Africa brilla,
¡al Africa pues, valientes!
¡y víva España!

Juan. Que viva.

ESCENA VI.

MARIA.

Maria. ¡Arturo! ¡Arturo! ¡se fué!
yo no sé que pensamientos
desagradables me agitan;
me siento mal, tengo miedo:
una sensacion estraña
causó el sonido guerrero
en el corazon de Arturo,
que con poético fuego,
sus amores me pintaba
con fascinador acento:
¿será ¡oh Dios! que de la patria

el sagrado juramento
le obligase á partir al Africa?
¡Por piedad, divinos Cielos!
ahora que sé que me ama,
¡no me lo robeis tan presto!
mil héroes habrá, Dios mio,
que su patria defendiendo,
hollarán la media-luna
del atrevido Agaréno:
pero mi Arturo es mi vida,
es el casto y puro sueño
de tantos años que el alma
soñaba un divino Cielo:
(aparece la Baronesa.)
¡que no se vaya Dios mio!
escuchad mi humilde ruego,
porque el corazon me dice
que sin mi Arturo yo muero.

ESCENA VII.

Baronesa. ¡Tu morir! tu vida mia!
¡ay! que horrible pensamiento!
esas ideas olvida
y en tu ventura pensemos:
¿con que amabas á tu primo?
eso he entendído yo al menos.
Maria. Si, madre, con toda el alma.
Baronesa. ¿Y Arturo?
Maria. Hace un momento
me confesó sus amores
con los mas dulces acentos.
Baronesa. ¿De veras? ¡Oh! ¡que alegria!

¡unidos los dos! ¡oh! Cielos!
¡los dos á quien amo tanto!
¡mi alégria! ¡mi embeleso!
á mi buen hermano al punto
contárselo todo quiero.

Maria. Madre mia, por piedad,
no vaya V. se lo ruego,
quizá en vez de una alegria,
un nuevo pesar le demos.

Baronesa. ¿Un pesar? ¿por qué Maria?
ese temor no comprendo;
de su paternal cariño,
dudando estás segun veo.

Maria. No dudo, no, madre mia,
ni dudaria un momento;
pero otro amor mas profundo
se abriga en su noble pecho,
y es el amor de su patria;
¡amor santo que respeto!
Esa patria han insultado
enemigos estrangeros,
y no son estos instantes
de amorosos devaneos,
que para el pecho de un noble
hoy su patria es lo primero:
suframos pues, madre mia
y con mi dolor callemos,
y pues somos Españolas,
á los hérces alentemos
sin que nuestro llanto pueda
abatir su noble esfuerzo.

Baronesa. Tienes razon hija mia;
grandes deberes tenemos;

y en esta ocasion sagrada
deben ver los estrangeros,
que tambien las Españolas
tienen varoniles pechos,
para decir á sus hijos
,,vuestra patria es lo primero.
,,y antes que vivir cobardes
,,id á morir á marruecos.,,

Maria. ¡A morir! ¡Dios soberano!
¡él! ¡mi Arturo! no, no puedo
pronunciar esa palabra
que rasgando está mi pecho:
¡tu lo salvarás Dios mio!
que aqui mi ferviente ruego
á ti, mi Dios adorado,
por él te estará pidiendo:
vaya al Africa en buen hora
y atienda á su honor primero;
mas su vida, ¡Virgen mia!
que la conserveis os ruego,
porque el corazon me dice
que sin mi Arturo yo muero.

ESCENA VIII.

Los mismos y el Marqués con periódicos.

Marqués. ¡Ya ves querida Adelaida!
¡se trocaron los papeles!
ahora soy yo el encargado
de estos lindos marmotretes;
y para cazar noticias
estoy en acecho siempre.

Baronesa. El motivo es lo que siento
de un cambio tan de repente;
y si he de decirte hermano
lo que siento algunas veces,
me parece estoy curada
de aquel vicio impertinente;
poco á poco he conocido,
que no nacen las mugeres
para arreglar en su casa
congresos y gabinetes;
que esos negocios, al hombre
con justicia pertenecen,
puesto que llegando el caso
el hombre es quien los defiende.

Marqués. Esa es la verdad, hermana;
y aquella que no la siente
ante los hombres sensatos
en ridículo está siempre;
algunos, por adularla,
podrá ser que la celebren,
y la dirán ilustrada,
y encomiaran sus sandeces;
pero esos mismos que falsos
en su presencia la inciensen,
reirán a carcajadas
de aquellas ridiculeces,
cuando al dejar su presencia
la **dama-hombre** recuerden.

María. Me parece tio mio
que está V. hoy muy alegre,
y contenta yo deduzco
que hoy tambien mejor se siente.

Marqués. Si, Maria; sosegada

mi dolencia permanece:
ahora, tu que eres tan buena,
creo que querrás leerme
un ratito de periódico;
perdona hermana, ¡que quieres!
me interesan ahora mucho
las noticias que aquí lleguen;
vamos, mi Maria, empieza;
de tu lábio estoy pendiente.

La Baronesa y Maria se sientan; esta última queda en medio, junto a una mesita leyendo.

María. ,,*Parece que los gefes de la fraccion conservadora, celebrarán una reunion....*

Marqués. Pasa adelante María;
á lo que nos interese;
¡aun partidos, cuando el templo
de la pátria se estremece!

María. *Podemos asegurar que todos los hombres de valimiento que pertenecen á los distintos bandos......*

Marqués ¡Tampoco, niña, tampoco!

Maria. ¡Espere un poquito! ¡espere!
,,*que pertenecen a los distintos bandos*
,,*en que hoy se divide la política de Espa-*
,,*ña han ofrecido al Gobierno el mas since-*
,,*ro apoyo, mientras dure la guerra en que*
,,*tanto se interesa el honor nacional.*,,

Marqués. ¡Bien hecho! ¡Siempre españoles!
y siempre leales, siempre.

Maria. ,,*De Valencia nos dicen que es general*
,,*el entusiasmo que causa la guerra con-*
tra el moro; que en todos los sitios públi-

,,cos, así como en las reuniones particu-
,,lares, no se habla mas que de esa guer-
,,ra tan simpática para el pueblo, como
,,para las clases mas aristocráticas.

Marqués. ¡Oh! si, los hijos del Cid
es preciso que deseen
ver repetir contra el moro
las hazañas de su heroe:
leales los han llamado
y es preciso que lo fuesen;
por eso ostentan sus armas
por noble blason dos eles.

María. *,,En Sevilla es grande la animacion con*
,que por todas partes se ocupan de laguer-
,,ra: ya tienen abierta una suscricion pa-
,,ra costear un hermoso estandarte que de-
,,berá conducir al Africa el regimiento
,,que se honra con el título de aquella he-
roica Ciudad,,

Marqués. ¡Bello estandarte de oro!
¡quien pudiera tremolarte,
y victorioso llevarte,
á la guerra contra el moro!
Si, Sevilla, sí, este anciano
daria cuanto tuviera
por ondear tu bandera,
contra el infiel africano.
Y valiente, al recordarte,
si en mi santo ardor moría,
muerto, España me veria
abrazado á mi estandarte.

María. Nosotras que no podemos

pedír lo que V. demanda,
esa enseña veneranda
nosotras la bordarémos.
Y â la berberisca orilla
marchando ese pabellon,
se llevarâ el corazon
de las hijas de Sevilla.

Baronesa. ¡Bendita seas Maria
con ese entusiasmo santo!
mi amor al verte, hija mia,
de placer derrama llanto.

En este momento suenan varias cajas tocando llamada y tropa.

Marqués. ¡Como exita ese sonido
el corazon de un guerrero!
¡pobre soldado que herido
quedas aqui prisionero!
Salir valientes verás
para defender tu suelo
y tu mientras llorarás
de ira y de desconsuelo!
¡No encuentro aquí en mis dolores
quien lleve mi nobles iras!..,

(Aparecen Arturo y Juan con el uniforme de cazadores del regimiento de Africa: Maria y la Baronesa, al verlos exalan un ¡ay! de sorpresa y dolor; el Marqués se dirige a su hijo con los brazos abiertos.)

ESCENA IX.

Los mismos, ARTURO y JUAN.

Arturo. Si padre, los cazadores

que parten para Algeciras.

Marqués. ¡Tu, hijo mio! ¡de soldado!....

Arturo. Pedí para defender
nuestro pabellon sagrado,
un fusil; mi brigadier.
Ques las nobles distinciones,
para con honrra alcanzarlas,
es preciso ir á buscarlas
al rugir de los cañones.

Marqués. Mi amor paternal acallas
con esa noble memoria;
vé pues á buscar la gloria
de Tánger en las murallas.
¡Ni un paso! ¡atrás! firme Arturo
lleva allí mi noble saña.

Arturo. Por la Reina y por España
morir ó vencer, yo juro.

(Maria se dirige á Arturo anegada en llanto.)

Arturo. Si un suspiro de dolor
llegar hasta mi pudiera....

Maria. Ve á defender tu bandera
y lleva todo mi amor.

(Suena una marcha belicosa de la música militar.)

Marqués. Esos guerreros clamores
apaguen nuestros gemidos,
pues dicen esos sonidos
¡al Africa! ¡Cazadores!